

PERTENENCIA Y ALTERIDAD

apuntes sobre van Gogh (y yo...)

Víctor Valembois

*Dr. en Filología Hispánica,
Universidad de Costa Rica
valembois@ice.co.cr*

El carbón belga anda lleno de sangre: también el extranjero se daba cuenta.

Lode Craeybeckx¹

A Vilma Ruíz Escoto, tan tica y nica como yo belga y tico.

RECIBIDO: 18-01-11 • APROBADO: 10-03-11

RESUMEN

En un primero de tres estudios sobre Vincent van Gogh he querido ahondar en una serie de reflexiones de él, principalmente en su correspondencia con su hermano, respecto de su condición de extranjero. En efecto, en más de 700 cartas, mayormente en neerlandés, su idioma materno y el mío, noto una tensión complementaria entre aquí/allá y yo/ellos tanto en forma complementaria como de distancia subrayada. He querido sistematizar este aspecto poco conocido en el autor para sacarlo de tanto estereotipo empobrecedor, al mismo tiempo que en más de una situación, a lo largo de esta investigación, encuentro sorprendentes comparaciones posibles con mi caso particular.

Palabras claves: Van Gogh, correspondencia, identidad, alteridad, pertenencia.

ABSTRACT

In this first of three studies on Vincent van Gogh I pretend to start from his letters to his brother, concerning his condition and his feelings as a foreigner. Indeed in more than 700 letters, most of them in Dutch, his mother tongue and also mine, I can observe a tension between here and there, between me and the others, sometimes in a complementary dimension and others underlining the distances. I have been pretending to study those relatively unknown aspects to avoid further poor stereotypes around the painter. At the same time I discovered that in several cases I passed through similar circumstances.

Keywords: Van Gogh, letters, identity, otherness, membership.

El extraño extranjero

Nacido y educado en Flandes, ahora llevo ya un poco más tiempo de este lado americano del Atlántico que de la otra, y esa tensión permanente entre dos latitudes no lo deja a uno. Si uno pretende ser intelectual, constituye además una responsabilidad investigativa a la que no pretendo escabullirme por la sencilla razón de que no puedo evadir. Ya nos lo había advertido el recordado Constantino Láscaris (español, costarricense, hombre universal): *“Es un hecho bien sabido que lo que uno ve todos los días, no lo ve. Está integrado en el mundo circundante, sin perspectiva. Para ver, es necesario extrañarse”*².

Entre otros, por eso y, modestia parte, me asocio con Vincent van Gogh (1853-1890) en dos ejes estructurales importantísimos. Primero el espacial: ambos provenimos de un mismo lugar, la Flandes histórica, la de Carlos V (1500-1558). Como quien dice ambos descendientes dentro de un mismo imperio (que hasta abarcaba Costa Rica³), nos tocamos los codos, separados en lugar de nacimiento unos 130 kilómetros, ahora en sendos países: Bélgica y los Países Bajos. A fuerza bruta, el Duque de Alba, en vez de lograr una “reconquista” en sentido de la Contrarreforma, más bien contribuyó a dividirlos. Pero por sus raíces, lo mismo que por su destino común en la naciente Unión Europea, en ambos, por lo cultural profundo se visualizan como totalmente emparentados. En el eje temporal, a “Vincent” y a mí nos distancia la misma cantidad, pero en años, de cuando sus principales y –veremos, cruciales– nexos con mi tierra, una de sus estaciones.

Más allá entonces de ese espacio y de ese tiempo, pequeños días, legua más o legua menos, en cantidad de sus luchas me siento contemporáneo y coterráneo de él. Partiendo de lo anterior, además de muchas afinidades que iré desarrollando a lo largo del presente trabajo, él y yo podemos considerarnos amigos: sin recelo le concedo el título. El único problema es que, dado que se despidió ese día fatal en el sur de Francia y yo estoy ahora en Costa Rica (sin ganas de seguirlo en su método

final y fatal), quizá *resulte un tanto incómodo averiguar si él está anuente. Confío que sí.*

La difícil y hasta dolorosa experiencia del emigrado se puede volver enriquecedora, raras veces en el bolsillo; a su vez implica un reto diario, difícil, ... y por lo general *“se ve la senda que nunca más se ha de pisar”* como reza la canción de Machado y Serrat). Así se deduce también por *“La vida en otra parte”*, excelente libro escrito hace poco por Alexander Jiménez⁴. Va aplicado, casi exclusivamente, en torno a los nicaragüenses que conviven en suelo costarricense. Por familia, estudios propios e investigación específica, el colega sabe de diáspora. Como comenta Jiménez, hasta en los planes de desarrollo oficiales *“se habla de Costa Rica como si solo estuviera habitada por costarricenses. Ignora el dato de que casi el 10% de sus habitantes son inmigrantes”* (p. 28). Uno de los múltiples aciertos de este trabajo es que su irrefutable documentación, por fuerza les debe de abrir los ojos a los nacionales.

Refiere, entre otros, a lo que llama *“sentimientos de extranjería e intrusidad”* (p. 54), una manera de chotear, de *“ningunear”*. Ocurrió siempre así y en todas partes y una regla que, partiendo de Jiménez parece imponerse es que, a menor movilidad, mayor extrañeza, sino hostilidad, respecto del recién que viene de fuera. Más de la mitad de los costarricenses nunca ha salido del terruño y la temática de migraciones resulta por tanto relativamente nueva, olvidando ellos que, según una definición que me dieron un día, en tono jocoso pero con fondo real: un costarricense es un nicaragüense que llegó antes: desde Pedrarias hasta el Bachiller Osejo, vale la pena considerar aquello como hipótesis. Todo ello puede ocurrir con nacionales también, como con las *“inadaptadas”* Carmen Lyra, Eunice Odio y Yolanda Oreamuno: crucificadas todas en su tierra y obligadas al exilio.

Sobre el encuentro con el otro se han escrito muchos libros, teorías desde cantidad de especialidades. Fichte, Rocoour, Todorov..., tantos abordaron esa problemática de la identidad, construida precisamente en la confrontación con el no yo: es el verse de frente, directamente, nada de *facebook*,

como se usa ahora. Yo no pretendo ser docto en esa materia pero la experiencia de Vincent, de por sí pintor de vanguardia, mirando siempre hacia el futuro, nos puede resultar aleccionadora. Ojalá.

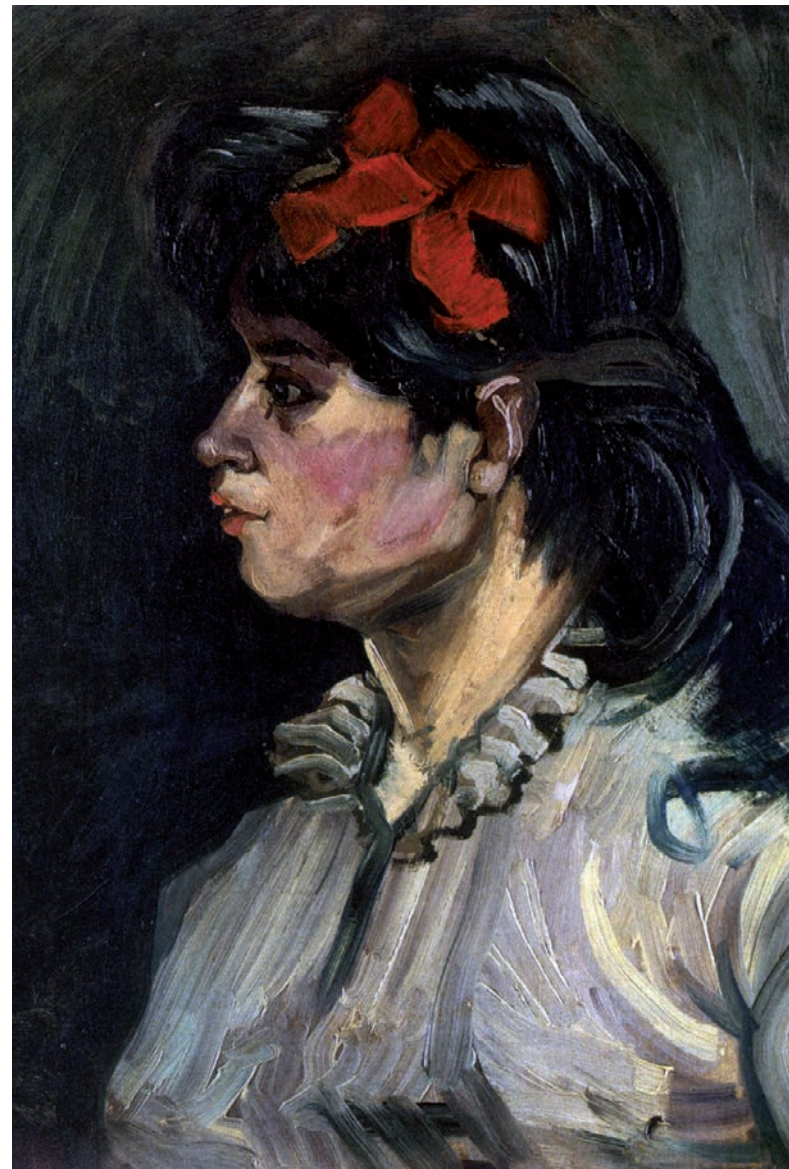
Vincent y yo (al igual que Constantino, con quien nos tuteábamos) vivíamos/vivimos esa dicotomía tú-yo, el otro, yo que me siento distinto del otro (y lo digo o lo escribo), el otro que me subraya a mí como diferente, aunque justamente nos sentimos/sentíamos tan afín, todo eso hasta en las entrañas: es que por circunstancias orteguianas (el trabajo, para Láscaris, búsqueda de la luz, para van Gogh y el exilio, para mí) hemos vivido con muchas intensidad esa problemática, un tanto natural y hasta inevitable, quién sabe, por nuestra condición de extranjeros, aunque sea legalmente aceptados, jurídicamente re-conocidos como iguales por cualquier estatuto de “residencia permanente” (caso de Vincent) o incluso de naturalización (Constantino y, espero que pronto, yo mismo). Láscaris me confesó en vida⁵, no sentirse ya tomando en serio, al fijarse la gente más en su vestimenta que en sus ideas: era una manera de chotearlo.

Pese a que Vincent está enterrado en Francia y no en los Países Bajos, en sus cartas, que tomo como corpus de investigación, noto elementos en esa línea, en él. Más allá del desconocimiento mutuo, el de van Gogh, respecto de América⁶ y el de nosotros respecto de él⁷, paralela sensación de no aceptación es la que se siente; no cumpliendo la norma de la mayoría, no se considera como “normal”. Pero, dígame, detrás de mi espalda, ¿oigo que también a mí me identifican como “rubio loco”?⁸. Así fue como en Arles, pueblo chico al sur de Francia, a Vincent le llamaban. A principio de llegar a Costa Rica, otro pueblo chico, me llamaban “macho”, cosa que, tonto yo, (por haber aprendido español en España) entendía como referencia a virilidad...

Tres tercios trastrueques

Conviene puntualizar tres aspectos de índole general, pero de gran aplicación al eje dentro-fuera, yo-otro que nos ocupa: el primero refiere a la grafía

del apellido del pintor, el segundo a la lengua original y predominante de su pensar y escribir dentro de un género peculiar, el epistolar; el tercero, a lo políglota y cosmopolita que resulta lo anterior.



Muchacha pintada en Amberes: ¿quién conoce esta pintura de van Gogh?

El nombre de uno, parte de su identidad; “¡abrid la ventana!”

Por influencia francesa, el apellido de nuestro pintor, internacionalmente se suele escribir poniendo con mayúscula la partícula inicial. No debería ser así, excepto, claro, si inicia una frase⁹. De inmediato, los pusilánimes verán un deje nacionalista, de mi parte, pero el caso resulta paralelo al del músico universal, Ludwig “van Beethoven” (que, sorpréndase, en su biografía también remonta de inmediato a raíces flamencas)¹⁰. Escribir “van” o “Van” en un apellido, en los Países Bajos y en Bélgica, aspecto no tan de “detalle” ortográfico, en el caso de la minúscula, puede implicar un ascendente a veces muy connotado, envidiable para más de uno¹¹. Cosa curiosa, suele funcionar al revés: cuantos más elementos con minúscula en un apellido, y este, ojalá en varias partes (“como en bisagra” de partes, le llaman en francés), más probabilidad o apariencia de aristocracia o de nobleza, aunque sea de título y no de chequera... A mí, la que más me interesa es la aristocracia del arte y del alma.

Antiguamente, incluso respecto de los apellidos, prevalecía el shakesperiano “en Roma, haga como los romanos”... De allí que a este otro también “flamenco” colega de van Gogh, solo que francófono por nacimiento (en Tournai, en Bélgica) se le llamó “Roger de la Pasture” (1399? - 1464). Pero llegando a trabajar a Bruselas, ciudad de habla neerlandesa por excelencia (¡eran otros tiempos!) sin angustia vital, él mismo se re-bautizó como “Rogier van der Weyden”. Nótese el “van” pequeño, como en su colega Jan van Eyck, ambos coterráneos en la Flandes histórica.

Don Roger, como diríamos por acá¹², no dejó autorretrato alguno. En cambio, de Vincent, se registran no menos de 18, situación que trataremos de explicar dentro del eje mayor del presente estudio. Total que, estando él en vida, aquello nunca ocurrió y al igual que con las “remesas: el otro nombre del afecto” (Jiménez, p. 40), en este caso de su hermano menor Theo¹³ que Vincent pudo subsistir y constituir ahora un nombre en sí, un sello de calidad, de valor y hasta una marca comercial.

Total que Vincent y Víctor, Van Gogh y Van Lembois (?) tenemos las mismas iniciales y un apellido con paralelas dificultades y hasta molestias. No voy a firmar como “Víctor” por no ser famoso; además, me confundiría con otro escritor, de apellido Hugo. Pero con Lorca quiero exclamar: “abrid la ventana”. Respetemos esos colorcitos para no caer en la dominación monocromática.

Encanto y bemoles de lo epistolar

La mayoría de lectores y espectadores de van Gogh pasa por alto otro aspecto por tener la nariz demasiado cerca (lección perenne de Láscaris...): don Vicente comenta sus angustias y sus esperanzas en neerlandés; holandés, van a decir algunos necios... Pero hasta el corrector de Microsoft me dará la razón: el idioma de los van Gogh (del sur de “Holanda”, mejor dicho: los Países Bajos) y en el mío (del norte de Bélgica), no es sino uno y el mismo. Lo contrario sería como postular que no existe el castellano o español en que escribo, sino el costarricense y el nicaragüense. Cómo no, en los cuatro casos citados en pareja, se denotan ligeros matices regionales¹⁴. También la escritura de Vincent me resulta un tanto anticuada, pero con una corrección ortográfica y un nivel estilístico que ya quisiera encontrar en algunos, aquí y ahora. Por mi idioma materno y de escuela hasta la universidad, pese a mi personal diáspora, pretendo estar en mejor posición que la mayoría de este lado del Atlántico, para leer en su versión primigenia la mayoría de los textos de ese Vicente no tan corriente.

Para su emisor, poco menos de mil cartas conservadas dan testimonio de cantidad de problemas, además de que fueron una verdadera terapia, lo mismo que sus brochazos. El caso directamente me sugiere todo un armazón en paralelismo antitético con el *Diario de Ana Frank*. La que escribe el diario, desde luego, narra como a alguien, muy niña (1929-45); en cambio, Vicente (1853-90) y Theo (1857-90) constituyen una pareja de narradores digamos, simplificando, del doble de edad de la

pobre judía. En ambos casos existe contextualmente la misma necesidad de sincerar el alma: Ana, a sí misma, Vicente a su hermano. En ambas situaciones, disponemos solo de un lado de la medalla: Ana no tenía interlocutor explícito, Vicente sí, pero resultan poquísimas las respuestas de este que se guardaron. Los dos “escritores” improvisados, la pre-adolescente y el adulto. Hasta concuerdan en cantidad de contenidos profundos, con temas en común, a pesar de las décadas que los separan: el temor, un mundo cerrado, la falta de esperanza.

Todo estaba destinado a quedar en la discreción de sus respectivas familias; ninguna letra de ambos manuscritos aspiraba a la categoría de “literatura” o de “testimonio”. Ni más ni menos, eran desahogos privados. Ninguno de los autores pudo imaginar que sus escritos alcanzarían renombre nacional y hasta internacional, pero así fue, de repente, muy pronto después de sus respectivas muertes trágicas. Pese a los años transcurridos, ambas producciones guardan en común, curioso, una impactante vigencia, a pesar de contextos generativos muy diferentes. Son expresiones que, a inicio del siglo XXI todavía vale la pena leer, más allá de su lugar y tiempo de origen, habiendo adquirido carácter clásico (más allá del lugar) y resonancia universal (por encima del tiempo). En ello interviene, desde luego también una extraña interferencia constante entre el documento ahora artístico e independiente, y la biografía dramática de sus respectivos creadores.

Desde luego, la riqueza lingüística y la perspectiva expresiva son muchos más valiosas en el caso del pintor. Pero idéntico resulta hasta el idioma de expresión: el neerlandés. Mucho más que otros, colegas expertos en literatura y hermenéutica, yo vibro con ella cuando a la pequeña Ana le falta el vocabulario que a su hermano mayor Vicente le sobra. Ni me voy a atrasar en tratar de visualizar aquello a partir de cantidad de casos detectados en van Gogh, porque mi lector usual no me podrá calibrar el peso del neerlandés en esas producciones verbales, hasta en más de un juego de palabras. “Yo

soy aquel...” que debo apurarme a explicitar cantidad de esos hilos que otros ni siquiera sospechan.

Seamos alóctonos en busca de polifonía enriquecedora

Apunto un tercer elemento idiomático que, casi seguro, también pasa desapercibido o se infravalora por el lector y espectador actual en América Latina: es la mezcla entre una lengua y otra, el paso muy ágil de una hacia la otra. Aquello del contacto entre idiomas, resulta ser verdad general, pero según las circunstancias, de las que apuntaré cuatro aquí, varía fuertemente en matices.

-Está el factor tiempo: en tiempo de van Gogh y todavía ahora, mucho más que en nuestro medio hispano, en Europa es corriente salpicar un idioma con... pinceladas de otros. Es una Babel que ya se apreciaba, sobre todo entre gente de cierto nivel, en la época del cosmopolitismo forjándose camino, antes de la Primera Guerra Mundial (incluso en Darío, con su francofilia). Ahora con mayor razón, por esta vía de las comunicaciones crecientes, en la globalización (con angloparla por doquier). No pareciera tan grande la diferencia: siempre hay contacto, mezcla y rivalidad. En toda la biografía de don Vincent se nota la presencia y competencia de varias lenguas a la vez: sin ninguna cursilería, por ejemplo en su carta 154, escribe lo esencial en neerlandés, termina con un “à Dieu”, adiós en francés, para despedirse finalmente con “yours truly”, la clásica fórmula inglesa: no tiene nada de pretencioso.

-Va el factor espacial, el lugar: no olvidemos tampoco, la importancia del factor regional y dialectal: observo a Vincent pasando con poca dificultad, de su sector habitual en Holanda (alrededor de Breda y Eindhoven) a Bélgica (Laeken, cerca de Bruselas, después de Amberes), con menos problema que entre París y la Provence, después. Los latinos con los que convivo resultan mucho más monocordes, muchos menos políglotas... Cambiar de idioma les parece extraño, hasta con un arielismo a veces muy dudoso que más bien refleja una

reprochable pereza. Aquí la palabra “interferencia” tiene resonancia negativa.

-Nótese en seguida la incidencia de un tercer factor: el tamaño de los respectivos idiomas. Entre hablantes de lenguas “pequeñas” (como la de Vicente y yo), por fuerza más temprano y con mayor intensidad debemos desarrollar un segundo, tercer y hasta cuarto idioma: ¿nos imaginamos un costarricense, de habla española, dando clases de alemán y de francés en Londres? Fue su caso y con alegría me habría sentido su asistente: para lograr mi propósito investigativo, me toca traducir cantidad de párrafos directamente del neerlandés de Vincent, confrontándolos con los *textos en francés y en inglés*: confío que me ayuda bastante para poner al artista bajo la luz correcta. Su correspondencia ofrece además una delicia: la insospechada relación interdisciplinaria entre lo pictórico y lo verbal.

La mayor parte de las cartas de Vincent van en neerlandés, mi idioma materno.



-Por último, en tiempos de van Gogh, parecido pero no igual ahora, juega un papel el respectivo “prestigio” de los idiomas en yuxtaposición. Todavía en tiempos del pintor, bastante menos ahora, en muchos círculos, cantidad de veces el neerlandés se consideraba como una lengua para gente de bajo estrato social, un poco como ahora, al revés pero igualmente ridículo, aquí decir a cada rato OK pareciera implicar automáticamente subir de categoría. Es parte de la problemática de mi país que, quién sabe, puede que pronto explote... para regenerarse como el Fénix o para suicidarse de una vez...

Yo me identifico mucho con mi hermano Vicente cuando intercambia presiones con su interlocutor, sobre todo de autores francófonos (ni siquiera necesariamente franceses), entre otros: la conversación, aunque sea por correo electrónico en mi caso, no raras veces algo tiene de picadillo de idiomas. Me suena tan natural, tan enriquecedor, entonces y ahora. Como bien postula el dicho (que uno como traductor también maneja) “el traductor es un traidor”, por supuesto, siempre es conveniente leer en el idioma original: es lo que se oye, se siente, practican los hermanos van Gogh, ambos alóctonos desde que salieron de su rincón natal. El autóctono, por ambos lados del Atlántico esperaría la versión, ojalá reducida de cualquier obra en su idioma propio. Pero cuánto más rica, entonces como en el siglo XXI la polifonía.

Postrero asunto, por ahora, para gozo, asombro y perplejidad, extrañeza o familiaridad, siempre en torno a la presencia simultánea de diversas lenguas: estas conllevan un aspecto sentimental, frente a la cual los individuos y los grupos reaccionan en forma distinta y diversa. Vincent escribe también algunas cartas en inglés. Yo no me imagino ticos o latinoamericanos, en Toronto o en New York, escribiéndose en inglés, como a ellos les parecerá “de locos” que con mi hermano mayor yo hablo francés y con los otros, neerlandés. Pero cuando nuestro malhadado pintor se pegó un funesto balazo, muriendo a los dos días, Theo acudió pese a casi mil kilómetros de distancia... y de repente, pese a tanta correspondencia ya mayormente en francés (a uno incluso

hasta se le olvida un tanto el idioma materno) allí, en trágica despedida, se hablaron en el neerlandés de su infancia... Pertinente pertenencia...

La difícil, pero enriquecedora tensión allá – acá

Teniendo siempre en trasfondo teórico el precioso volumen de Jiménez, dejo patente que me sirvió mucho también para el punto que voy a abordar, cosa de iluminar de manera inusual a van Gogh. En aplicación a lo anterior, en toda la biografía de Vincent, desnudada grandemente por su correspondencia, aflora una constante necesidad comparativa, en este caso, una tensión Norte-Sur, entre el lugar donde se formó su visión de mundo y el momento que le toca vivir en otra geografía. Igual, entre las personas. Llevaría demasiado lejos tratar de ser exhaustivo al respecto, *pero a partir de aquí seguiré un eje cronológico* mostrando que esa necesidad constante de confrontar (para bien o para mal) lo de aquí con lo de allá, casi resulta inherente al trashumante que uno también se siente: revela una necesidad, como el respirar.

Van Gogh había permanecido más de una vez fuera (vocablo que sugiere un contraste con “dentro”, en este caso, como quien dice, en mi/nuestra casa), tanto en Londres como en París. Pero es durante su experiencia “belga”, de unos dos años, que chocó más claramente con lo extraño, hasta en abierto conflicto. Encuentro de interés, al respecto, demorarme en la carta 148, desde Laken, Bruselas, entre el 13 y el 16 de noviembre de 1878. Vincent se ve condicionado, si no afectado, por su nacionalidad extranjera. Señala: *“me dijeron [sus superiores] que no puedo asistir a clases en las mismas condiciones que las que se ofrecen a los nativos flamencos”*. ¿Simple medida administrativa justificada en cualquier parte? No: hay algo más. Lo mismo que en el sempiterno pleito entre costarricenses y nicaragüenses, cabe la frustrante incidencia del aunque indeseado, muy presente factor político: Vincent es holandés, del odiado país

del cual Bélgica acaba de separarse, en 1830, evento que todavía marca ánimos, *sobre todo entre gente de poca formación*. ¿Cómo desterrar esa caldera de chistes y bajadas de piso, entre ticos y nicas, lo mismo que entre belgas y holandeses?¹⁵

Poco después, a van Gogh lo encontramos en su anhelado destino como predicador. Yo me sorprendo, no por el empecinamiento de Vincent, muy flamenco en eso (y me asocio, otras vez, por mi estirpe maternal), sino por un problema idiomático que otros, fuera del contexto belga, difícilmente percibirán. Se diluye por completo en las biografías y en las películas sobre el “loco” ese: pese a su fracaso en la institución de habla neerlandesa en Laken, de fijo por insistencia del padre, ante un adulto de casi treinta años que todavía no se defiende financieramente solo, el hijo recibe un nombramiento a prueba, por seis meses,... pero cien kilómetros al sur, pasando una todavía (y, lamentablemente cada vez más) frontera lingüística.

Vincent sigue lógicamente escribiendo en neerlandés a Theo, su hermano holandés, pero por la lengua entre otros, conmigo el atento lector constatará un refuerzo, en Vincent, de la permanente tensión en él, entre el “yo” (al que me incluyo, de visión de mundo más germánica) y el “otro” (de habla francesa, más romanizado). ¿Aclararé además que tengo, por así decirlo, un idioma materno por mi madre y otro paterno, para no pecar de machista en la asignación, por mi padre? Vincent es más tieso en francés y... salto sorprendente: educado en neerlandés, por muy políglota que fue¹⁶, de seguro, aparte de emular a su padre en la profesión, tuvo que echar mano, justamente, de la *Biblia*, que entonces, para él lo explica todo. Él no lo explicita así, pero debe de haber pensado en otros en el san Pablo, que tanto admira, cuando este se encuentra entre tantos extranjeros: *“Todo se puede en Cristo que me fortalece”* (Filipenses 3:14).

Estamos a 26 de diciembre de 1878 y van Gogh, inconscientemente, revela su naciente vocación de pintor: visión voluntarista del foráneo, al dedicar una página entera, la inicial, más a “dibujar” el paisaje que a describir su trabajo con la gente:

“Hubo algún deshielo, en la noche y no logro decirte cuán pintoresco resultan las colinas, con el deshielo, ahora que la nieve se derrite y los campos negros con el trigo de invierno de nuevo vuelve a ser visible. Para un extranjero (...), lo mejor es comparar este paisaje con Scheveningen [cerca de La Haya]”...

Se trata de un diálogo entre personas con paralela afinidad. Claro, lástima que Vincent, con excelente memoria fotográfica, no se acordó, adicionalmente, de guardar las respuestas de su hermano. Pero hay más, en lo pictórico: con excelente formación en las artes visuales, cosa casi en la sangre (se ve en el hermano y en un tío) y la tremenda formación general que palpamos (y eso que no pasó por “Apreciación artística” en la actual Escuela de Estudios Generales), este van Gogh decimonónico y tan del siglo XXI compara con colegas – pintores en el tiempo:

“Todo recuerda las pinturas medievales de campesinos, entre otros de Breugel, los cuales, de manera tan impactante lograron expresar el efecto curioso del rojo & [sic] el verde, del blanco & el negro. A cada rato, lo que uno observa aquí incita a pensar en el trabajo, por ejemplo de Thijs Maris [casi contemporáneo holandés] o de Alberto Dürer [alemán que a principios del descubrimiento de América recorrió Flandes]. (...)

¡Increíble el despliegue de erudición y de buen gusto! Además, y es importante para lo que seguirá, casi llegamos a constatar un desequilibrio con lo religioso, que no deja de ser la tarea principal del predicador. Nos alegramos, los lectores y espectadores actuales, porque la pintura es también un lenguaje universal: pero en ese paupérrimo Borinage belga no había vitrales como tuve el privilegio de admirar en Notre Dame, en París. Claro, el Espíritu Santo también se reveló políglota, y Vincent se mete de cabeza en ese mundo, tan anhelado pero tan distinto. Todo lo cual no va sin dificultades: menuda tarea es aprender y dominar una lengua extranjera-extraña. “No es fácil entender la lengua de los mineros, pero el francés corriente se entiende bastante bien, siempre y cuando se capta eses francés tan acelerado con su correspondiente dialecto local”.

Insisto: leyendo entre líneas idiomáticas y culturales como me corresponde, todo ello resulta sorprendente: en un país esencialmente católico y

anti-holandés (por lo político-religioso, como vimos), el forastero Vincent van Gogh pretende desempeñarse como predicador en una lengua que le es todavía bastante ajena... Está bien, Dios escucha cualquier idioma... pero quizá los mineros no tanto: es una de las razones por la que su Iglesia, al poco tiempo, le retira el nombramiento, de por sí provisional. El veredicto de sus superiores es sintomático por el distanciamiento: “*si a las cualidades admirables que desplegó (...) en sentido de devoción y espíritu de sacrificio (...), hubiera añadido el don de la palabra, indispensable (...), el Sr. van Gogh definitivamente habría sido un perfecto evangelista*”¹⁷.

Una cosa es entonces la voluntad, y otra, la posibilidad de darse a entender, en un código ajeno. Pero, además, Vincent continúa viendo e interpretando a partir de extraños anteojos asociativos:

“Aquí se ven, alrededor de los jardines, los prados y las tierras de labranza, setos de zarzas negras, como en nuestro Brabante... (...) Con la nieve caída en días pasados se obtenía el efecto de la escritura sobre papel blanco, como las páginas del Evangelio...” [127]

En él, entonces, todo es comparar: “[aquí,] *las iglesias protestantes son pequeñas; se parecen a las de Hoeven*” [el distrito cerca de Etten, donde su papá también dirige una iglesia protestante, minoritaria, en plena zona más bien católica]. Lo mismo, después de haber visitado a una enferma, concluye que “*la gente de aquí tiene algo especial debido a la sencillez y buen corazón, igual como los habitantes del Brabante, en Zundert y Etten*” [donde nació y donde predica su papá].

Sigue la correspondencia, esencialmente con los mismos tópicos hasta la carta 165, del 12 de abril de 1881: desde noviembre de 1878, dos años y medios habrá durado para él lo que, parafraseando a Rimbaud, podríamos llamar “una época en el infierno”. Casualmente, para el ciudadano francés aludido, refería a la región al norte de su patria; en cambio, para el holandés en cuestión, es la tierra al sur de la suya, menos de una década después¹⁸. Nunca alude al caso: ¿lo ignora o se distancia de

él a conciencia? Nosotros los lectores más bien tendremos tendencia a anticipar el extraño parecido con otro pleito entre colegas artistas, a la vuelta de la esquina: como Rimbaud, Gauguin (después del pleito de la oreja...) prácticamente exclamó lo mismo: *"Me di a la fuga"*¹⁹ y los dos pusieron tierra de por medio. Sin renunciar a su vocación artística, a él pronto lo vemos por la Polinesia francesa; Verlaine siguió en sus borracheras y van Gogh se empecinó en su apostolado, solo que ya de retirada.

Ya no hay, casi, referencias bíblicas, ni mención de Dios; en cambio sigue el distanciamiento/acercamiento del allá-acá y como indicio que apela a una causa, se mantiene la enorme necesidad de afecto simplemente humano. Mucho después, en carta 221 desde La Haya, otra vez hambriento del otro, se va perfilando la determinación, encontrada precisamente allí, en el exterior, de continuar en la búsqueda de un camino artístico. Hay constancia de por lo menos una docena de lienzos de él, de los que, aparentemente, no queda nada.

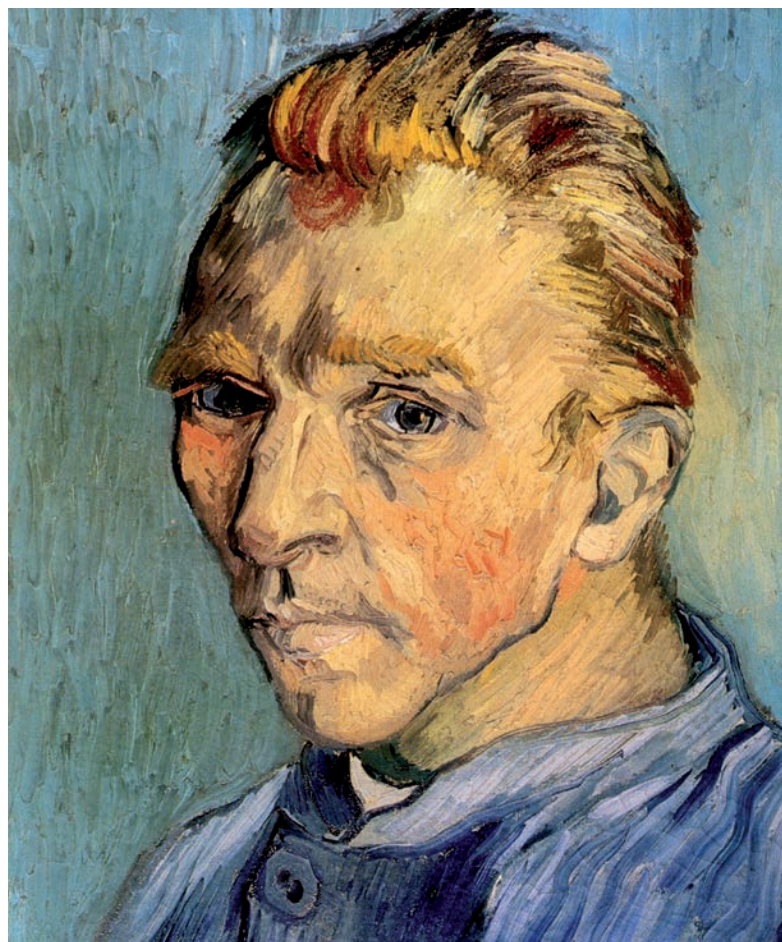
Por la carta 153, siempre en neerlandés, nos damos cuenta de que Vincent está errando en todo sentido y pareciera suplir la profundidad de su vacío con enormes distancias recorridas, en tren y sobre todo *"per pedes apostolorum"*: me recuerda a los centroamericanos Azarias Pallais y Jorge Volio por esa misma tierra de Bélgica. La carta 155 constituye todo un testimonio en cuanto a lo frágil de la afinidad entre seres humanos, aquí entre Vincent y Theo, después de prácticamente un año de silencio. Dato asombroso, inaudito hasta entonces en un vasto intercambio con el hermano, no va en neerlandés, sino que es la primera, dentro de una cantidad minoritaria, de misivas en francés. El caso no puede compararse con el de Franz Kafka, pocas décadas después. Como se sabe, por diversas razones que no son del caso aquí, este autor checo escribió su magistral obra en alemán, pero justamente allí mediaba el carácter de obra en búsqueda de editor y de lector. Nada de eso en van Gogh.

Veamos si por dentro, en la epístola de este pastor sin ovejas, encontramos indicios que pudieran explicar este repentino cambio de vehículo

expresivo. ¡En efecto! En las diez primeras líneas utiliza dos veces una fuerte expresión en francés: *"à contrecœur"*, literalmente *"contra mi corazón"* (133). Lo mismo que está peleando con los pulcros representantes de la iglesia, pareciera cundir la rabia con el hermano en el mismo idioma. De paso sigue la otra tensión, la moriña: *"...no me arrepiento, y aun ahora, tengo a menudo, lejos de esa tierra, la añoranza de la tierra de los cuadros"*. Es la suya, la de Rembrandt, que también era pintor con honda motivación espiritual. (En neerlandés figura un bonito juego de palabras imposible de reproducir).

Él percibe y critica una discriminación que prevalece entre los belgas contra *"esos pobres y oscuros obreros... que la gente se representa... como una raza de malhechores y bandidos"* (133): de allí mi epígrafe, porque el líder socialista que lo escribe denuncia

Uno de más de dos docenas de autorretratos de Vincent.



que el carbón va manchado de sangre, todo bajo un gobierno que se las da de muy cristiano²⁰. Y, claro, nos acordamos de nuestro guía Alexander que con base en datos desecha el paralelo estereotipo contra “los nicas”, a muchos de los cuales les tocan trabajos que ya no quieren hacer los nacionales, como la cosecha del café. Hermosa labor, me consta...

En la misiva anterior, la 154, encontramos un eco de la permanente tensión, en Vincent, entre el allí (tú) y el aquí (yo): “*desearía que no anduviéramos más extraños unos con otros. Sin embargo, por el momento me opongo a ir para allá* [Etten, sus padres] *y me aferro a lo de aquí*” [su proyecto en el Borinage belga]. Es el teatro en que tanto la naturaleza como las personas son personajes, en la cabeza en Vincent. Significa la lucha entre el sometimiento y la búsqueda de identidad, independiente, respecto de la figura paterna. Pero el efecto, el sufrimiento por el distanciamiento permanece. Observemos, en la carta 155, el tono, con un “tu” casi agresivo (frente al “usted” en neerlandés, antes). Sigue el *leitmotiv* de lo ajeno, distante, diferente:

“Hasta cierto punto te volviste extranjero y también yo me volví extraño para ti. Quizá más de lo que te imaginas; de repente más valdría que no continuáramos así. A lo mejor ni te habría escrito tampoco ahora, si no fuera porque (...) tú me pusiste en la obligación de hacerlo...”.

Y, caballero obligado por el código de la cortesía y el honor, allí específicamente agradece el dinero remitido por Theo, vía los padres en Holanda. Por lo demás, recalca que quisiera restablecer la “entente cordiale” (así, en francés), con el padre y con el hermano.

Vincent van Gogh se pasó de nuevo a Bruselas en octubre 1880, precisamente por las necesidades de su aprendizaje. Por la misma razón del re-encuentro emocional con el hermano, con fecha 1 de noviembre, vuelve a la lengua materna de ambos.

Sin llegar a extremos, el *leitmotiv* del extranjero permanece presente, no solo en lo que los otros opinan de él, sino en lo que él siente hasta en la propia familia: en su carta 184, desde Bruselas en abril

1881, el autor apunta primero la coincidencia de que él y Theo escogieron el camino del arte y que, pese a tener “*en una familia como la muestra 2 señores van Gogh muy ricos*”, no logra él que estos le ayuden a despegar. En seguida, comenta a Theo el sentir de su padre según el cual “*al estar yo confrontado con tantas dificultades allí donde pertenezco a tal familia le parece un fenómeno extraño e inexplicable*”.

Sigue, en van Gogh, un período de intenso trabajo no exento de tempestades. Pero no encuentro sustancial cambio en lo emprendido, logrado o temido desde Bruselas. La correspondencia con Theo sigue, en un neerlandés salpicado de floritas en otros idiomas, tal actual, tan mío, entre correspondencias políglotas y de alto nivel cultural. Tomemos la carta del 15 de octubre de 1881 a su colega holandés Anton van Rappard, con el cual tuvo periódicos contactos en Bruselas. La misiva empieza con un “Amice”, así en italiano, inusual para muchos, pero en permanente contexto paralelo; ayer utilicé esta misma fórmula con un colega costarricense que estudió en Italia y en Alemania. ¿Cursi? No lo veo así: más bien simpático, desenvuelto y prueba de apertura hacia idiomas y expresiones artísticas más allá de las propias fronteras estrechas...

Al rato siguen varios giros idiomáticos en francés y, por varias veces, una expresión tan usual, picantita, con resonancia a la Revolución Francesa: “Ça ira!²¹”, grito que, por amistad con gente de Francia, también utilizó de vez en cuando. Ahora, entre gente de cierto nivel, la frasecita es una manera simpática de darse ánimo. Además, en el caso específico se siente plausible su traslado de significación de lo histórico a lo artístico, con el mismo sentido profundo del entusiasmo contagioso, aquí *entre dos asiduos a lo pictórico*. Claro... se puede traducir con un “adelante”... pero no es lo mismo. Termina la carta, esta vez no con el frecuente “yours truly”, en inglés, con el que Vincent más de una vez ha saludado a Theo, sino con otra fórmula, “t à t” abreviada usual de “todo tuyo” otra vez en francés. Queda evidenciado que nuestro hombre no es ningún loco improvisado.

Después de iniciales períodos en Londres y en París, termina para Vincent otro período largo, este, donde la verdad ha sido “extraño-extranjero” términos muy asociados también en francés. La cúspide de ese matiz distanciador la tenemos en el mismo título de la novela *L'étranger*, de Camus. En francés como en español han mantenido esa ambivalencia, mientras en inglés (lo mismo que en mi idioma), al que viene de afuera se le trata de *foreigner*, sin la sospechosa estigma de *stranger*... y ambos podemos ser “strangers in the night”, según la conocida canción. Como el tema de las migraciones vuelve cada vez más sobre el tapete, que no el tapiz rojo del aeropuerto... con van Gogh vale la pena sensibilizarnos para esas connotaciones.

Como contraparte al *ritornello* de allá-acá, desde luego va el motivo del “retorno a casa”. Agotado en lo físico, agarrotado mentalmente. Vincent se ve obligado a retornar al hogar paterno. Miel sobre hojuelas, al principio:

“Aquí en Holanda me siento mucho más en casa [que en Bélgica] Sí, me parece que volveré a ser un holandés hecho y derecho y, qué te parece, sería en realidad lo más razonable [en francés, este objetivo]. Volveré a ser de totalmente holandés en carácter como en manera de ser, respecto del dibujo y lo pictórico”. [177]

¡Cómo, no lo sé por experiencia propia! el reencuentro con su tierra, su gente, es agradable y conveniente de vez en cuando, pero... uno ya no es el mismo. Lo peor, en el sentido reaccionario de “todo tiempo pasado fue mejor”, es ilusionarse con lo inmóvil. Vincent por lo menos justifica el movimiento espacial. “Sin embargo, estimo que habrá sido en mi provecho que también estuve un tiempo en el exterior y allí aprendí a conocer cosas que no me resultan superfluas”. 177.

Valiente y constructiva, esa actitud de apertura, porque –y vuelvo a comparar– cuántos costarricenses no he conocido con complejo de campanario, como le llaman, que extienden la frase de Manrique a lo espacial, fenómeno que se puede dar en cualquier latitud, claro²². Es el caso de papá van Gogh que a lo localista y el acoso autoritario añade lo religioso y dogmático:

“...por ejemplo cuando papá me ve con un libro en francés, de Michelet o V. Hugo [sic] de inmediato piensa en incendiarios y asesinos e “inmoralidad”. (...) Tantas veces le he sugerido a papá: deberías probar y leer aunque fuera unas pocas páginas de tal tipo de libro... Pero papá se opone en forma cabezuda”.186.

Es el reflejo, décadas más tarde todavía, del laicismo impuesto por las tropas de Napoleón. Simplificación en blanco y negro, pero cuán frecuente también por aquí: ¡lección perenne! También Jiménez insiste varias veces en dejar la loca mentalidad de “Arcadia” y de “paraíso”, lo cual, como lo suplica Vincent a Theo en carta 187, implica dejar de ser susceptible, abrirse a la confrontación, dejar de confundir la crítica a una idea con un ataque personal. Sigue el pintor-consejero nuestro: “*asumiré tales heridas como muestras de simpatía, esta última mil veces más valiosa que la lisonja*”. Ah, amigo, ¡cómo le agradezco su mensaje siempre vigente!

A Vincent se le ocurre más de una vez también escribir en inglés, aunque sea una postal, pidiendo perdón porque la estampilla le resultaba más barata. Pero su buen conocimiento del idioma de Shakespeare (y su admiración por ese gigante de las letras), en el eje, en este momento, en consideración sobre el allá-acá, le permite adicionales matices: “*Al caer la tarde, este brezal produce a menudo efectos para los cuales los ingleses tienen las expresiones “weird” [fantasmagórico, bizarro] o “quaint” [extraño]*”.

...nada extra-ordinario: nuestro personaje pasa a la fantasía o, mejor dicho, el cruce permanente en él, entre la realidad y el ensueño: “*Molinos quijotes-cos o singulares masas de puentes levadizos perfilan sus caprichosas siluetas sobre el hormigueante cielo crepuscular*”. 393, 3 de octubre de 1883.

A mi modo de ver, este es el denominador general de su pintura: no ver, sino enseñar-lo-que-se-quiere-que-veamos. Todo en él, su incansable escritura (trabajo nocturno, a altas horas de la noche, a pura candela, generalmente), lo mismo, su “locomotora a pinturas” (según expresión en una carta, por la cantidad y la rapidez) son intentos desesperados por comunicarse con el otro (Rappard, Gauguin, sus

padres,...) la otra (las “novias”, su hermana,...). Todo porque dentro de él, el silencio y la soledad gritan..., como en la Comala de Juan Rulfo.

En carta 337, igual que tantas veces, le sale la necesidad de puente, de acá hacia allá, donde está el interlocutor: *Si por lo menos no estuviéramos tan lejos uno de otro*. Y en la misiva [340] señala:

“si fuera preciso ir a París –aunque encontrara algo que hacer allá–, encuentro mi porvenir infinitamente mejor acá. (...) Encuentro muy bien París, porque tú estás en París, y aun allá, las cosas andarían mejor si, de este modo, anduviera yo menos solo”.

Todo ello resulta vigente: ¿cuánta gente no experimenta ahora también el estar absolutamente sola hasta a veces en la misma multitud? Esa ondulación

entre el allá-acá, justamente también en inglés tan acertadamente encuentra esos bemoles que me resultan tan vitales por más precisos, en este caso que en español: es la *loneliness* aborrecida frente a *solitude* deseada. Lo primero por aquí sería la soledad, lo segundo sería justamente el hecho buscado de estar sin otros, que de alguna manera encontramos en el dicho “más vale solo que mal acompañado”.

De hecho, la soledad-aquí frente a la posibilidad del acompañamiento-allá se vuelve *leitmotiv*: curiosamente la anhelada pertenencia se realiza en la alteridad, el encuentro con el otro. Hace falta la mujer con la cual y en la cual realizarse, hace falta Theo álter ego; se echa de menos el compañerismo, hasta en el puro campo:

Paisaje nórdico, de un pintor que se suele asociar con el sur...



"El aislamiento es bastante penoso (...) Por mi parte, me encuentro [Escribe desde Neunen, en Holanda, en área bastante rural] a menudo mejor que en el mundo civilizado entre la gente que ignora hasta la palabra "aislamiento", por ejemplo los labriegos, los tejedores. Es una suerte para mí. Así, mientras estoy aquí, me he mezclado íntimamente con los tejedores". 419, el 4 de enero 1884.

Experiencia vigente, todo ello: si "aislamiento", etimológicamente se relaciona con isla y lo insular, en aplicación sistemática que hemos procurado aquí cabe preguntarse si alguna gente en el entorno en realidad quiere salir de su isla, a veces hasta con torre de marfil...

Pero he aquí hasta la identificación de uno puede implicar una barrera. El nombre de uno es parte de su identidad. Pareciera que Vincent estuviera en Costa Rica cuando afirma: "*en la vecindad me han dado como apodo de hombrecito pintor [tschildermenneke] (...) sin cierta dosis de malicia*". [433]. No es un apodo, pero siento ese diminutivo como de desprecio... Allí donde con el Manneken-Pis, más bien va con cariño. ¡Cosas del idioma, Sancho! Ahora bien, si uno se da su propio seudónimo, puede implicar una forma de realizarse (aquí, se me ocurre evocar a Carmen Lyra, Ana Istarú, etc.); pero si otros le roban a uno el mandado suele implicar una bajada de piso. En paralelo, tener un apellido foráneo por lo general puede resultar incómodo en lugares poco acostumbrados al tránsito de personas: "*Habrá que insertar mi nombre en el catálogo, tal como firmo las telas, es decir, Vincent y no van Gogh, por la excelente razón de que este último apellido no podría pronunciarse aquí*". [471].

Lo mismo le pasa a ese Valembois, del que tengo recopiladas más de veinte variantes, en gráfica e innumerables maneras de pronunciar el caso clínico. La nasalización inherente a ese apelativo picardo, lo mismo que ese sonido gutural en la identificación del pintor no se usan aquí. Por lo anterior, cuando entrego una prenda o unos zapatos para reparar, lo hago bajo el nombre de Torres, por la madre de mis hijos. Chile, más lejos de Europa que Costa Rica, me mostraba más apertura a lo foráneo: que lo confirma Isaac Felipe Azofeifa, aquí enseñan que Costa Rica es una isla.

A pesar de la permanente dificultad, es envidiable, en el amigo Vincent, que su vivencia en aguas externas y hasta ajenas precisamente le agudizan la capacidad de discernimiento, más de una vez a favor del "otro", como en el siguiente caso: "*Aquí hay días sin dinero; solo que, [hay] una ventaja más sobre el Norte: el buen tiempo (porque aún el mistral es, para verlo, buen tiempo)*" [519].

Conuerdo gustosamente con mi amigo Vincent, respecto de esta privilegiada ubicación geográfica, en un cruce de vías y su dimensión climatológica: soy un enamorado de la fauna y la flora de Costa Rica, precisamente porque puedo comparar. Irrita el pensamiento conformista, acartonado al estilo de "en todas partes cuecen habas"... porque el que nunca ha salido de su entorno, y aunque sea de chismoso miró "el huerto del vecino" (como nos sigue recomendando Rodrigo Facio), ignora que esas habas las hay en diferente tamaño, distinto sabor... en fin, que justamente en esa variedad está el gusto y también al paladar le gusta que le enseñen.

Pero Vincent me gana porque siempre asocia la simple y hasta pobre visión de uno con la del exquisito sensible a la luz y, en consecuencia, a los colores:

"...aquí la naturaleza es extraordinariamente bella. Por doquier la cúpula del cielo es de un azul admirable, los rayos del sol tienen un color azufre pálido, y es suave y encantador como la combinación de los azules y celestes de las telas de Van der Meer de Delít". (539).

Hasta parece insinuar, el amigo, que el gusto por lo bello y lo estético puede ser hereditario, como quizá podemos deducir contractivamente con lo que también se experimenta en lo local: "*Si la gente [en Arles] es de una ignorancia crasa en cuanto a la pintura en general, es mucho más artista que en el Norte para su propia figura y su propia vida*". [481].

Pienso por ello en el esencial mensaje aristotélico según el cual la educación es el asombro, un sorprenderse, maravillarse por cosas nuevas y preguntarse el por qué. Pero lo señala Carlos Cortés y lo retoma Alexander Jiménez, aquí "no pasa nada", lo cual da como un cortocircuito al principio mismo del aprendizaje.

Enseña y hasta encanta, esa casi necia necesidad que tiene Vincent de referirse a la dimensión artística, como ya se vio un poco más arriba: [siempre a Theo y en neerlandés] *“Si vieran la Camargue [la isla formada por los dos grandes brazos del Ródano en su embocadura] y muchos otros lugares, te sorprenderías, como yo, de ver que tiene un carácter absolutamente a lo Ruysdael”*²³ [496].

Es otra variante del eje allá-acá, vivido esta vez en lo diacrónico, el entonces-ahora cosa que –si no queremos seguir cultivando esa mentalidad insular que la misma educación local refuerza–²⁴, debemos ser capaces de aplicar, en prospección (hoy-mañana) respecto de –también– fluctuantes conceptos estéticos. A estas alturas del siglo XXI, nos resulta fácil evaluar (y ponderar monetariamente) el valor artístico de cuadros de distintas épocas, en van Gogh: el sombrío norte de sus orígenes frente a la explosión de luz en torno al Mediterráneo.

Vincent se refiere con menosprecio a su cuadro *Café nocturno (uno de los más feos que haya pintado)*. Pero curiosamente, en otro cruce Norte-Sur añade: *es el equivalente, aunque distinto, de los comedores de papas* [533]. Sorprendente, el caso. A mí como a otros de esas latitudes casi boreales (belgas, holandeses: tengo la prueba hecha) nos gusta porque esos personajes en el último cuadro aludido resultan tan reales, logrados, auténticos de nuestro entorno. De mi parte, concuerdo: el primer lienzo no me resulta extraordinario, pero ahora vale la firma... Respecto del último, hecho en Holanda, entre los trabajadores del campo de Neunen, por meses y en forma involuntaria yo confundí, viendo en él a los mineros del Borinage belga, vivido por Vincent apenas pocos años antes: a la distancia reconozco expresiones faciales y vestimenta parecida, más allá de la comentada, artificial frontera belga-holandesa.

Avanza el tiempo, sigue el reloj para Vincent, hacia el final inexorable que a todos nos espera, ojalá habiendo dado significado a su paso por la vida: el pintor siguió en su evangelio del arte al servicio del hombre. Desde luego, quién sabe cómo reaccionaría la gente, en mi barrio universitario, si

yo, después de una seria divergencia persiguiera a un amigo... Pero el asunto de la “oreja cortada” (que fue solo el lóbulo, a fines de diciembre de 1888) resultó ser un grave incidente y un error, del que el pintor se auto-castigó públicamente, así lo interpreto, con el conocido autorretrato vendado (son dos, en realidad). Solo que me pregunto hasta qué punto la reacción de unos ochenta vecinos de Arles, pidiendo se declare “non grato” al pintor tuvo, además, una connotación xenófoba. Uno lo sabe: en toda discusión sale perdiendo el extranjero. [580] Vincent es un holandés, errante en el sentido de equivocarse, y en el sentido de errar, viajar por tierras diversas.

Existe además la interpretación interesante, aportada por Leprohon, según la cual, este extraño comportamiento del “loco” Vincent resultaría perfectamente cuerdo, mejor dicho, coherente en una codificación comunicativa del sur de Francia. Como se sabe, si hasta en Costa Rica hay “toros a la tica”, aquello, en el sur de Francia todavía van, solo que de un modo bastante más estructurado y digno²⁵. Allí, no aquí, aquello constituye una comunicación ritual regulada, entre emisores y receptores. Vincent curiosamente no escribe ni pinta nunca sobre los toros, pero demuestra conocer el respectivo código de honor: en una corrida, el vencedor corta la oreja del toro y se la ofrece a una dama, su dama, en la plaza. Solo que el codificador de turno (con macabro humor “al revés”, que yo practico también a partir de nuestro común ancestro Brueghel²⁶), invierte el mecanismo y como vencido se corta el lóbulo de su propia oreja y lo entrega a una conocida prostituta de por allá. De mi parte, prometo solemnemente no mutilarme: primero porque no soy tan valiente y segundo ¿no es cierto que en latín original mi nombre sugiere que seré vencedor?

Pertenencia, alteridad... y humanismo

Me alegra mucho haber descubierto gran parte de mi identidad, gozando y sufriendo, precisamente en ese contacto más intenso con la otredad por latitudes diversas, culturas distintas, idiomas diferentes,

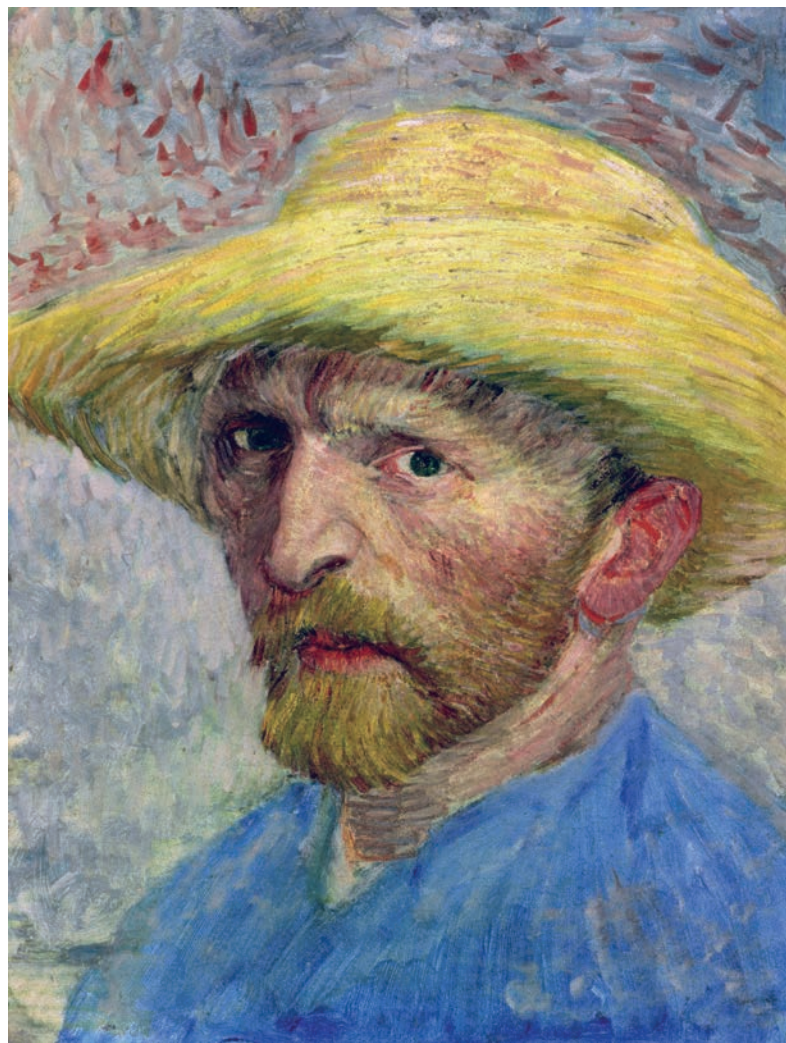
en este mundo muy ancho y demasiado ajeno. Me ha enriquecido en lo humano y, para señalarlo en los términos de Rilke (otro gran viajero), ahora sé que “tengo un interior que ignoraba”. Para Vincent, como se comprobó, el cambio-contraste resultó un acicate permanente. Estando en Amberes, le escribe a su hermano que de lejos prefiere pintar a gente que edificios o cosas: interpreto que ¡le hizo falta el contacto humano y por eso, sus autorretratos son todos de cuando está fuera!²⁷. Pero en forma complementaria interpreto esa necesidad de van Gogh de representarse a sí mismo como una búsqueda de reconocimiento e identidad en su oficio de pintor-en-este-mundo-ajeno.

Por cierto, ¡cuán apropiados y sugerentes esos epígrafes que Alexander Jiménez, nuestro guía, no siempre explicitado, antepone a sus capítulos! Son citas de la *Odisea*, siendo Ulises el paragón del viajero, hasta la dimensión del exiliado. Con Vicente –peculiar Ulises en constante mudanza hacia algo inasible– concordaré que, sea una diáspora individual (su caso) o colectiva (mi caso, dentro del grupo de “chilenos” llegados a Costa Rica), no se tiene por delante el sendero más fácil. Pero es mediante el dolor y hasta el desprecio que uno se fortalece, más que a través de lisonjas. Así, siempre en encrucijada, uno adquiere una visión distinta y distante, superior, respecto de su entorno. Uno queda, exteriormente “avec sa gueule de métèque”, en frase de Moustaki, pero por dentro, ha cambiado y florece. Por lo general, pese a la nostalgia, la *moriña*, el *Lebensschmerz*, etc. queda vedado el camino de regreso, por razones financieras, ataduras sentimentales y materiales, además porque la realidad, la de hombre y mujeres que poblamos este planeta, es tremendamente evolutiva. Es duro porque hay mecanismos de exclusión por ambos lados: ya uno “no es de aquí ni es de allá” (y retorno al dúo Machado-Serrat)²⁸.

Me ha impresionado mucho este Vicente de esos que no le hacen caso al refrán “que se va donde va la gente”. Al contrario, ese van Gogh del que he querido mostrar unos aspectos nada comerciales, inauditos, nunca ha sido del montón. Fue un típico

lone-runner, como le llaman en inglés: es la tarea pesada asignada al precursor que le reconocemos en él, que le reconozco en él, sin entender demasiado de estética pictórica, pero valorando ahora con mayor razón al hombre y al escritor.

Respecto de lo último, ¡cómo no! Saco el sombrero por este talento epistolar en la línea de tantos, antes (Mozart, Martí y otros), quienes, en miles de cartas, prueban, todavía, la vigencia de este método



Otro de varios autorretratos con sombrero de paja.

y que, pese a que su correspondencia lógicamente fue editada, no se dedicaron precisamente a la mera comunicación *fática*, del tiempo y de futilidades, Van Gogh escribió su friolera de cartas como mensajes manuscritos, por lo general, de varias páginas. Acercándome ahora ya al doble de lo que vivió el pobre Vincent, me inquieta no el uso, sino el tipo de mentalidad que en muchos va surgiendo con los últimos medios de comunicación. Claro, que vivan Skype, SMS, Facebook, etc. que no tienen la culpa de la casi general degeneración de la calidad comunicativa y de expresión lingüística que seguimos aplaudiendo en van Gogh, dentro de un exquisito manejo no solo de su lengua materna, el neerlandés, sino de varias lenguas, todo con un *background* cultural absolutamente envidiable.

De allí el entrañable papel del cartero, enlace indispensable en la comunicación epistolar organizada, el que, en medio de la alteridad, puede introducir vía un papel, un sobre, y una estampilla puede entregarnos una parte de pertenencia. Nos acordamos directamente de "Il postino", la película sobre Neruda. No es de extrañar que, aparte de claras afinidades selectivas, en la terminología de Goethe, van Gogh se interesara tanto en su cartero: ¡no menos de seis veces pintó a su querido Monsieur Roulin [515, 518,...] Aquí y ahora, me temo que no se entiende bien el papel crucial de este enlace. En mi entorno actual, el cartero constituye una figura... desfigurada, no solo por los tiempos modernos, sino por el sistema (o falta de él...) en cuanto a direcciones. Si Vincent hubiera vivido en Costa Rica... se habrían perdido cantidad de cheques y cartas.

Respecto de la condición de hombre: si bien van Gogh no logró estudios universitarios, no puedo sino ir terminando hacia un aplauso por la búsqueda humana que he descubierto en él, más allá de las generalizaciones simplistas que, el comercio sobre todo, ha ido imponiendo. En Guadalupe, suburbio de la capital de Costa Rica, lo mismo que para muchos de sus habitantes, "Van Gogh" no es más que un parqueo... y si acaso se sabe de un hombre de carne y hueso, se asocia con "el loco ese... si... aquel que se cortó la

oreja". Existen películas estupendas²⁹ al respecto, pero la superficialidad mercantil se suele imponer.

He querido que este trabajo fuera un homenaje a la aventura de encuentro de Vincent van Gogh con la especie humana y su camino hacia una superior lucidez. Anhele ese espíritu de permanente búsqueda (sobre todo en lo estético). Ejemplar, por ello de la amistad *–usque ad finem–* que cultivaron él y su hermano, ahora enterrados juntos. Entre ellos crece la hiedra, símbolo de solidaridad, de la que en francés se dice: "me agarro a ti o me muero". Toda una metáfora, también para nosotros.

Notas

- 1 Craeybeckx, Lode. (1931). *Cent ans de démocratie bourgeoise*. de. L Églantine, Bruselas, Bélgica. P.77. El volumen contiene datos escalofriantes sobre el "Borinage", zona minera al sur de Bruselas donde durante más de un año trabajó Vincent van Gogh. Ver: pp. 28, 77, 93, 102,169,...
- 2 Vea su conocida introducción a *El costarricense*.
- 3 "De cuando un flamenco era jefe de Estado en Costa Rica...", publicado originalmente en la revista digital *Tiquicia.com* de marzo 2002. Reformado para la revista *Espiga*, de la UNED, 2010.
- 4 El libro lleva como subtítulo: *Migraciones y cambios culturales en Costa Rica*, publicado en Editorial Arlekin, San José, Costa Rica, 2009.
- 5 Mi estudio "La búsqueda humanista en siete círculos concéntricos (Constantino Láscaris, por dentro)" no aborda directamente este eje yo-otros, pero puede marcar algunas pautas. Ver: *Revista de Filosofía* de la UCR, XXXVII, (93), diciembre de 1999, pp. 429-439.
- 6 El hombre van Gogh lo ignoraba todo respecto del continente americano y cuando su hermano acaricia el sueño de venir a América, un tanto a priori (y algo interesadito) se lo desaconseja tajantemente. Ver cantidad de cartas alrededor de la # 394.

- 7 Fuera de esporádicos cables internacionales, se constata poca información, en Costa Rica, sobre van Gogh. En el *Repertorio Americano* figura una sola vez, en un número de 1950 (14, 15, 238), respecto de una alusión, de paso, al Museo de Bruselas. Refiere a un artículo de A. Edgardo Otibe, llamado "Exposición Van Gogh", en una de las más de doscientas alusiones a Bélgica en el citado *Repertorio*. Ver mi Índice completo y comentado de referencia "desde y sobre Bélgica" en la revista costarricense dirigida por Joaquín García Monge, de 1919 a 1958, en *Repertorio Americano, Revista de la Universidad Nacional*, N.º 9-10, enero-diciembre 2000, pp.19-42.
- 8 "Le fou rou", modificado a "El loco del pelo rojo", es también el título de la película de Minelli sobre el pintor. Ágil trabajo, con excelente actuación, entre otros de Anthony Quinn, pero que, a la lectura de las cartas que tomo aquí como material de fondo, resulta apenas introductorio.
- 9 Pero incluso en este caso, veo que más de una vez, por ejemplo en inglés, el inicio de una frase, en este caso, puede ir con minúscula: "van der Weyden was a painter. Van Gogh also". Enredo grande tiene que ser para los que no manejan datos elementales sobre nuestro contexto cultural (el de Vincent y el mío), al ver que, entre otros Wikipedia, refiere al primero como "early Netherlandish painter", siendo en este caso aplicable a van Gogh también que "Netherland" NO refiere a Holanda, sino a los históricos "Países Bajos" que también se llamaban Flandes...
- 10 Mi dilecto amigo Manuel Antonio Quirós podría ampliar sobre el punto, mostrando que "Beethoven" remonta, rápidamente a raíces biográficas y lingüísticas en Flandes, con el significado de: "campo de betarragas"). En cambio, curioso cruce, más bien el "Gogh", segundo componente en el apellido de nuestro pintor remonta, y más remotamente, a nexos alemanes. En el estudio de Schrek sobre *El sitio de Bredá*, p. 44, se señala que el gobernador de Nimega había saqueado el pueblo de Goch, que queda cerca, pero técnicamente ahora pertenece a Alemania.
- 11 Lo mismo, por cierto, en francés: se escribe Charles de Gaulle. Por suerte para nosotros, el amigo Vincent van Gogh se interesaba más a la aristocracia del arte.
- 12 Un día, en clase, conversábamos sobre la misma temática de identidad, con tanto nombre foráneo seguida con orgullo dijo que se llamaba "Roger"...
- 13 Curiosa coincidencia: otro "Theo", descendiente de la misma familia, con el mismo nombre del padre de Vincent (y desde luego con "van" en minúscula también), dirigente político de derecha, fue asesinado el 2 de noviembre del 2004 en Ámsterdam.
- 14 Ver, al respecto, mi estudio: "El neerlandés, la lengua de más de veinte millones de europeos. Ejercicio intelectual en tres partes: 1) Precisiones terminológicas para uso "circuncaribe"; 2) Puentes curiosos con el español y el área "circuncaribe"; 3) Pasado, presente y futuro en contexto global", revista *Relaciones Internacionales*. Universidad Nacional. Heredia, Costa Rica, número 67-68, 2004.
- 15 Aquello queda bien descrito en el libro de Alexander Jiménez, que he tomado como guía. También me hace acordarme de uno de esos dardos de Constantino Láscaris, otro extranjero aquí: "*Las trabas que existen hoy en Centroamérica, no son política, no son doctrinales, no son ideológicas, son simplemente imbéciles*". *Palabras*. (1969). P. 75. Vincent y Víctor, universalistas, aplauden.
- 16 Leí en alguna parte que durante su escasa educación formal había sido bueno en francés y en inglés.
- 17 Según aprendo por la nota 6 en la edición en inglés, por Internet, a partir de las notas del Consejo eclesástico. En América Latina se imagina la gente alguna dificultad regional, dialectal, pero jamás, tanto en el neerlandés (de Holanda y de Bélgica) como en el francés (en Valonia, Bélgica, con el picardo y el valón) logra ponderar el peso colosal de aquello, donde no han habido 500, sino 2000 años de deformaciones progresivas, grandemente sin elementos centralizados como ahora entre otros la televisión.
- 18 *En julio de 1873, Verlaine ataca con pistola a su amigo Rimbaud, en Bruselas*. Será condenado a dos años de prisión que, en gran parte, pasó justamente en Mons, poco tiempo antes y a poca distancia de van Gogh. Rimbaud y van Gogh mueren jóvenes, los dos a los 37 años.

- 19 En su famoso poema “Une saison en enfer”, relata su amistad fracasada con Verlaine y desde el principio declara que “*Je me suis enfui*”.
- 20 Uno, lector inquieto, al respecto recomienda la última novela de Vargas Llosa. *El sueño del celta* describe cosas parecidas de paralelo origen, un poco más tarde...
- 21 La expresión constituía una especie de grito de guerra, a partir de una canción popular revolucionaria (en torno a la toma de la Bastille) cuyo refrán empezaba justamente con ese contagioso “Ça ira!”.
- 22 A mi modo de ver, el prototipo del chovinismo de este estilo es de Joachim du Bellay (1522-1560) con su conocida tirada: “Heureux qui, comme Ulysse, a fait un beau voyage...” y de seguro porque el mecenas paga, sigue una patológica no tanto de la aldea... sino de lo aldeano: nos asociamos con el Martí, tan cubano, tan latinoamericano y tan universal de *Nuestra América*.
- 23 Ignoro a cuál de dos pintores con este apellido se refiere van Gogh: puede ser Salomon van Ruysdael (c.1602-1670= o su sobrino Jacob van Ruisdael (c. 1628-1682). Ambos eran pintores paisajistas. Van Gogh retoma varias veces paralela idea –en el tiempo– entre otros en las cartas 503 y 510.
- 24 Recomendando, al respecto, ampliar vía mi ensayo “Para salir de la caverna platónica, versión tica” publicado en el *Primer ideario de la educación costarricense*. (2010). Heredia, Costa Rica: UNA. Pp. 535-547.
- 25 Las corridas de Arles acaban de ser declaradas Patrimonio de la Humanidad.
- 26 Un día debo escribir un largo trabajo al estilo de “Brueghel y Bosco, coterráneos míos, explicados para hispanohablantes”.
- 27 Desde una perspectiva más bien psicológica, algunos explican esa manía de verse en el espejo como otra muestra de deficiente auto-estima. Así lo ve, por ejemplo, Derek Fell (2004). *Van Gogh's women – His love affairs and journey into madness*. Londres: Robson Books.
- 28 La expresión resulta comparable con *Un pie aquí y otro allá*, según el título de Miguel Huezco Mixco. El subtítulo de este libro reza: *Los migrantes y la crisis de la identidad salvadoreña* (San Salvador, 2009).
- 29 Ver, por ejemplo, la película: “El loco del pelo rojo” (en inglés: *Lust for life*) dirigida por Vicente Minelli; con Anthony Quinn, en el papel de Gauguin.

Bibliografía

- Fell, Derek. (2004). En: *Van Gogh's women – His love affairs and journey into madness*. Londres: Robson Books.
- Jansen, Leo et ál. (2009). *Vincent van Gogh, Les lettres*. Edición crítica completa e ilustrada, en 6 volúmenes, co-edición del Van Gogh Museum, Instituto Huygens y el Fondo Mercator, entre Holanda y Bélgica.
- Jiménez Matarrita, Alexander. (2009). *La vida en otra parte. “Migraciones y cambios culturales en Costa Rica”*. San José, Costa Rica: Editorial Arlekin.
- Leprohon, Pierre. *Vincent van Gogh, documentada biografía* editada primero en 1988 y traducida en el 2004 para Ediciones Folio, Barcelona (?).